

EDUARDO  
ZINNI



# Shaquín

*La leyenda de un niño,  
un viejo y un caballo*

 Planeta

EDUARDO ZINNI

# SHAQUÍN

La leyenda de un niño, un viejo  
y un caballo

 Planeta

# I

## EL LEGADO

**C**orría el simún en el desierto de Asir. El ulular incesante del viento teñía de dramatismo el atardecer. El polvo y la arena se levantaban en torbellinos que imposibilitaban la visión.

La figura del niño en movimiento se recortaba en las últimas sombras. El aire apretaba las andrajosas vestimentas, acentuando su delgadez. Trabajaba con presteza, ignorante del mundo, ignorante de su increíble destino y de las fantásticas aventuras que viviría.

El chico guardó las cabras en un corral de piedras y palos, extrajo agua del aljibe en una vejiga de cuero y se dirigió a la choza que servía de establo. Cuando atravesó el umbral de la desgastada puerta de madera sintió alivio al quedar protegido de la ventisca, se restregó los ojos y recuperó la visión.

—¡Hola, Taylé! —dijo—. Hoy ha corrido mucho viento, ha sido un día muy duro.

Taylé era una yegua árabe de pelaje tordillo. Se podía saber de su vejez y los rigores del desierto en las costillas y ancas resaltadas bajo la piel.

El niño tomó de un rincón del pesebre, cerrado con maderos y cintas de cuero, un manojo de pasto seco que colocó en el comedero, y arrojó el agua en una carcomida vasija de barro cocido.

—Aquí tienes tu ración —dijo, acariciando al animal y dándole pequeñas palmadas en los cuartos—. Un premio a tu trabajo.

Era el momento más deseado del niño y el que disfrutaba con mayor intensidad: las tareas del día habían terminado, y así podía estar a solas con Taylé y conversar con ella.

Quin pertenecía a una familia de pastores del desierto. Vivía con su madre, Shara, su padrastro, Jarim, y sus dos hermanastros, Abdul y Mohamed. Tenía escasos nueve años, pero esto no le impedía cuidar a los animales. De extraordinaria imaginación, amaba a los caballos tanto como a su madre, aquellos lo atraían como a nada en el mundo. Eran sus amigos, el objeto de su admiración y sueños. Semejante pasión le venía en los genes: su abuelo materno había considerado al caballo no sólo un elemento de trabajo, sino su instrumento máspreciado y un compañero inseparable en sus andanzas.

Quin contemplaba despreocupado a Taylé, cuando de repente recordó que debía ir a ver a su mamá. Cerró con presteza el portón de la pesebrera y dirigió sus pasos rápidos hacia la casa. Caminaba con la cara cubierta para protegerse de las ráfagas que levantaban remolinos de arena y arreciaban sin piedad.

La puerta chirrió con el sonido que él ya conocía. Quin recorrió la antesala cuidando de no tropezar con la mesa y las banquetas, y adivinando las piedras desaparejas del piso. Vio hacia el fondo, a contraluz de un tenue resplandor, el marco de la puerta de la habitación de sus padres. Escuchó la voz débil, casi como una súplica:

—¿Quién es...?

—Tranquila, madre. Soy yo, Quin.

Shara reposaba en un camastro de cueros y pieles. Pudo verla en la penumbra de un rincón de la habitación, apenas iluminado por un candil moribundo: el sebo de cabra se había casi consumido. La escasa luz marcaba aún más las arrugas de ese rostro demacrado. Podía leerse en ellas una enfermedad prolongada, y el maltrato de la vida en el desierto.

—¿Dónde están tu padre y tus hermanos? —dijo la mujer.

—No lo sé, madre. Aún no han vuelto. Creo que estarán bebiendo y divirtiéndose en la aldea.

Shara suspiró.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el niño, mirándola a los ojos.

Tras un corto silencio, como si meditara lo que diría, le contestó:

—Débil, hijo... Las fuerzas ya me abandonan —hizo otro silencio más largo y penoso, y agregó—: Sólo esperoirme en paz.

Los ojitos de Quin parpadearon, se tensó aún más.

—No entiendo, madre...

Pero había comprendido: era su despedida.

La voz de Shara sonó grave, pausada, débil:

—Hijo, ya no me tendrás a tu lado. Deberás resolver por ti mismo... Eres apenas un niño, no obstante el Altísimo y la naturaleza del desierto te han dado inteligencia, voluntad, imaginación...

La madre se detuvo.

Quin tomó sus manos ásperas, duras y tibias como las de él.

—No puedes confiar en ellos —siguió Shara—. Me preocupairme y dejarte solo. No estaré para defenderte de sus maltratos... —y se quedó callada.

Quin cerró los ojos y recordó a su padrastro y a sus «hermanos», los ataques continuos, las severas palizas.

—Sabré superarlo, madre —respondió—. Pronto seré más grande y fuerte.

—Así será, hijo... —dijo ella, con las pocas energías que le quedaban.

Como en una ensoñación, Shara contemplaba con orgullo a su único retoño. Desde muy pequeño, Quin había demostrado una aguda inteligencia que le hacía entender rápidamente. Ni qué decir de lo referido a los trabajos con los animales. Aprendió sus hábitos y costumbres; a enfrentar las sorpresas y peligros del desierto. Su relación con los caballos era aún más especial, una comunicación tan íntima como incomprendida.

Quin siempre estaba en movimiento, atento a realizar cualquier tarea que viese necesaria o se le encomendase. Decidido y valiente, superaba situaciones con resolución de adulto.

Shara recordaba el día en que se había enfrentado al padrastro para defenderla. Y cuando, sólo con un palo, atacó a dos ladrones de cabras y apenas pudo escapar montado en Taylé.

Pero si algo definía mejor a Quin era su capacidad para fantasear. Usando los elementos de que disponía, representaba esos sueños. La mayoría de las veces montado: todos sus juegos giraban alrededor de los corceles.

Ahora continuaba acariciándole las manos. Shara volvió a hablar:

—Hijo, muy poco tengo para dejarte. Sólo dos cosas, como preciado tesoro —retomó fuerzas, y siguió—: Taylé, mi vieja yegua, que fue la herencia de mi padre.

—¡Taylé!

—Es una verdadera hija del desierto, Quin. Fue para tu abuelo la mejor amiga y compañera. Estuvo junto a él en todas las situaciones de su vida, salvándosela en muchas ocasiones. Ella nos ha obsequiado siempre su nobleza... —hizo otro breve descanso, aspiró profundo—. Cuídala como ella lo ha hecho con nosotros. Considérala tu hermana, porque en ambos corre la misma sangre. En nuestra estirpe corre la misma sangre del desierto.

Los ojos de Quin se humedecieron: la madre le hablaba ahora de cosas que lo estremecían.

—Mi otro legado es un consejo: sigue siendo tan bueno y perseverante... Y sueña, Quin, porque los sueños... los sueños te ayudarán en la soledad de estos parajes. Y, si luchas hasta el final, también... también podrán realizarse.

No tuvo más fuerzas.

Miró fijo a su hijo. Temblorosa, dando un hondo suspiro, cerró los ojos.

Quin sintió que las manos de su madre se relajaban, se le escapaban. Su respiración se detenía.

—¡MADRE! ¡MADRE! —gritó abrazándola.

Y lloró en silencio.

Aclaraba. Oyó gritos y risas en la lejanía. Fueron aproximándose, hasta que Quin sintió el chirrido de la puerta y el insulto de su padrastro:

—¡Niño estúpido! ¡¿Dónde estás?!

El perverso Jarim, al no tener respuesta, entró en la habitación.

—¡Qué ha pasado, imbécil! —lo sacudió de los pelos—. ¿No sabes hablar?

Al observar a Quin en la penumbra, al descubrir sus ojos, entendió lo que había ocurrido. Y también en esa mirada vio la reprobación por no haber estado. Sintió temor en su vergüenza. Aun así, reaccionó de inmediato:

—¡Hay que enterrarla! —ordenó.

Abdul y Mohamed se habían acercado hasta la puerta y observaban indiferentes. Entonces Mohamed empuñó una pala de madera.

—¡Tómala, tonto! ¡Vete al monte y cava un pozo junto a la sepultura de tu abuelo!

Quin bajó la cabeza, tomó la pala y fue hacia el lugar.

El viento había calmado, y el sol se perfilaba.

Cavó con gran esfuerzo y pocas energías, espionando a lo lejos los movimientos del padraastro y hermanastros. Habían tomado la yegua y la conducían hacia la casa. Vio entonces cómo sacaban el cuerpo envuelto en cueros, cómo lo arrastraban, cómo lo cargaban atravesado sobre el lomo.

Cuando llegaron al lugar del entierro, Quin ya había cavado la fosa.

Y los tres echaron los restos al pozo, sin dedicarle una sola oración a Shara.

—¡Tapa el cuerpo con la arena! —ordenó Jarim—. ¡Colócale unas rocas, no sea que el viento y los animales la desentierren!

Eso le llevó a Quin todo el día: al atardecer aún juntaba piedras en la penumbra.

Y esa misma noche, al volver, entendió lo que sería su nueva vida: le habían tirado en la puerta los cueros de su camastro, el bolso con su ropa. Se había quedado sin hogar.

Al llegar a la pesebrera le acarició las crines a Taylé, acomodó los cueros sobre el pasto y se recostó. En el fondo no

le disgustó que lo hubiesen dejado afuera. Junto a su yegua estaría mucho mejor.

Pensando en su madre, esa noche no durmió.

Los días pasaban, y Quin seguía siendo el único que se ocupaba del cuidado de los animales. Se levantaba temprano y volvía al anochecer. Después de visitar la tumba de Shara, charlaba con su yegua.

Los insultos y los golpes se mantenían con la misma frecuencia y dureza. Pero ahora eran también para Taylé, su amiga: tras azotarla lo amenazaban con venderla en el mercado o tirársela a los perros.

Una tarde mientras pastoreaba las cabras, oyó un lejano retintín y un canto desafinado que se iba acercando. Detrás de una lomada y montando un camello cubierto con una túnica de colores chillones, pronto apareció un extraño personaje. Flaco, de nariz ganchuda y mentón saliente decorado con una afilada barba. Llevaba un sombrero del que pendían unos cuernos de tela con cascabeles y sonajeros. El hombre era tan ridículo como las puntas enruladas de su calzado y la insólita vestimenta del camello.

—Buenas tardes, niño —dijo en medio de tintineos, con una voz más aguda que un flautín.

—Buenas tardes, señor.

—¿Qué es lo que haces? —dijo el hombre, acariciándose la barbilla.

—Cuido las cabras, señor. ¿Y usted?

—¿Yo? Es raro que no me conozcas...

—¿Y por qué habría de conocerlo?

El extraño echó a reír.

—Soy el heraldo del rey —dijo, divertido por la impertinencia.

Quin lo miró con la boca abierta.

—Ja, ja. El que proclama las noticias del rey —siguió el hombre—. Soy como el viento del desierto, que lleva su voz a todos los rincones.

—¡Aaah! —fue lo único que le salió a Quin, que estaba fascinado.

—Veo que tienes tu propia montura —dijo el hombre, señalando a Taylé—. Seguro que te gustan los caballos.

—Sí, señor. Me gustan mucho.

—Entonces tengo un anuncio que puede interesarte.

Y el mensajero le contó de las cercanas Fiestas del Mo-haad. Le dijo que vendrían caravanas de monarcas de distintos reinos. Que habría carreras de caballos, y que la más importante la disputarían los tres mejores corceles árabes del mundo. Era la gran carrera que todos conocían como «El Desafío del Rey». Le habló del padrillo El Shaklan y también de un extraordinario zaino oscuro, llamado Mabruk, del reino de Hedjaz, de la Gran Isla del rey Salim, a quien Mabruk representaría en la carrera.

El vocero del rey se fue, y Quin se quedó mirando cómo a lo lejos se perdía entre desafinos y campanadas.

—No dejes de ir —le gritó el hombre—. ¡Será maravilloso!

Iré, pensó Quin. Iré a las fiestas cueste lo que cueste.

A partir de ese encuentro su ansiedad creció día a día, y la servicial Taylé lo consentía galopando con fuerza en los arenales.